STEFAN ZWEIG

NIETZSCHE

La danza sobre el abismo

TRADUCCIÓN

Álvaro Ramos y Borja Villa

s e r i e c e r o

Índice

Tragedia sin personajes 9

Retrato doble 15

Apología de la enfermedad 21

El Don Juan del conocimiento 35

Pasión por la sinceridad 45

Transformarse en uno mismo 57

Descubrimiento del sur 69

Al amparo de la música 81

La séptima soledad 89

La danza sobre el abismo 95

El maestro de la libertad 105

Nota bibliográfica 111

La relevancia que tiene un filósofo
para mí depende directamente
de su capacidad para ofrecerme un ejemplo

TRAGEDIA SIN PERSONAJES

¡Los hombres en mayor peligro, los hombres más fecundos, los hombres más felices! [...] El secreto para cosechar la mayor fecundidad y el mayor goce de la existencia es: ¡vivir peligrosamente!

La tragedia de Friedrich Nietzsche es individual: el único personaje que aparece en la breve escena de su vida es él mismo. Todos los actos de esta obra dramática, que se suceden con la velocidad y la fuerza de un alud, presentan al combatiente solitario bajo el borrascoso cielo de su destino; no hay nadie a su lado ni enfrente de él, ninguna mujer atenúa con su tierna presencia la tensión de la atmósfera. Toda acción nace de su persona y en nadie más repercute: las escasas siluetas que, al principio, se juntan con su sombra y lo acompañan con mudez, asombro y temor hacia su empresa épica, se alejan progresivamente de él como de una bestia peligrosa. Nadie se arriesga a entrar del todo en el círculo interior de su fortuna. Nietzsche habla, lucha y sufre siempre por sí mismo. No habla con nadie ni nadie le contesta. Y, lo que es aún más terrible, nadie lo escucha.

Nadie, pues, no hay compañero de reparto ni público en la tragedia heroica de Friedrich Nietzsche, como tampoco hay rastro de escenario, decorados o vestuario: se representa, por así decirlo, en el espacio vacío de la idea. Basilea, Naumburgo, Niza, Sorrento, Sils-María y Génova no son sus verdaderos hogares, sino solamente mojones a lo largo de un camino recorrido con premura y ardor, fríos telones de fondo que no dicen nada. En realidad, la escenografía de su tragedia es siempre la misma: el aislamiento y la soledad, esa espantosa soledad sin palabras ni respuestas que asfixia el pensamiento de Nietzsche como una impenetrable cúpula de cristal, esa soledad sin luz ni flores, sin música, sin gente e incluso sin Dios, la soledad sin vida, petrificada, de un mundo elemental, anterior o posterior al tiempo. Pero lo que hace de ella algo tan vacío y triste, terrible y grotesco a la vez, es el hecho inconcebible de que esa soledad desértica se encuentre, intelectualmente hablando, en medio de un país en plena expansión, la Alemania moderna que vibra y centellea con los ferrocarriles y los telégrafos; un país bullicioso, una cultura boyante y curiosa que lanza al mundo cada año miles de libros, que plantea y resuelve constantemente nuevos problemas en sus universidades, que representa en sus teatros a diario múltiples dramas y comedias, y que, a pesar de todo esto, no sabe absolutamente nada, no presiente ni adivina nada de la tragedia del espíritu que se cierne sobre su propio centro, sobre su núcleo más íntimo.

Pues ni siquiera en sus momentos más sublimes logra la tragedia de Nietzsche captar la atención de un solo espectador, no halla testigo alguno en el mundo

alemán. Al principio, desde su cátedra y bajo la luz de Wagner, sus discursos suscitan algo de interés, pero, a medida que desciende al fondo de sí mismo, a las profundidades del tiempo, sus palabras encuentran cada vez menos eco. Uno tras otro, conocidos y extraños se levantan alarmados ante la audacia de su monólogo, asustados por el creciente salvajismo de sus transformaciones, por los éxtasis cada vez más ardientes del filósofo, y lo van abandonando en el yermo escenario de su destino. Poco a poco, el actor trágico se inquieta ante la verdad de sus palabras retumbando en el vacío; alza la voz, grita entre aspavientos para despertar en alguien una repercusión o, al menos, una reacción contradictoria. Entonces empieza a adornar sus discursos con música —una música vigorosa, embriagadora, dionisiaca—, pero ya nadie lo escucha. Se sirve, después, de bufonadas, de un entusiasmo forzado, estridente y mordaz. Sus frases se retuercen y revolotean exuberantes, intentando atraer, con divertidos artificios, a algún oyente hacia eso tan terriblemente serio que tiene que decir, sin que ningunas manos hagan amago de aplauso. Finalmente, inventa una coreografía, una danza de espadas y, desgarrado y sangrante, interpreta ante el público su innovador arte mortal, pero nadie alcanza a comprender el significado de sus bromas pesadas ni la pasión hecha trizas que esconde su afectada frivolidad. Sin público, sin eco, la más extraordinaria tragedia del espíritu que se ha ofrecido a nuestro agitado siglo llega a su fin. Nadie vuelve la mirada hacia él, ni siquiera cuando la peonza de sus pensamientos, girando relampagueante sobre la punta de

acero, es lanzada por última vez y acaba desplomándose estrepitosamente en el suelo… «muerto ante la inmortalidad».

Este aislamiento absoluto, este estar siempre a solas consigo mismo, es el sentimiento más profundo de la vida de Friedrich Nietzsche: nunca una plenitud de espíritu como la suya, ni una orgía tal de los sentidos, estuvieron envueltas en un vacío tan inmenso, en un hermetismo tan silencioso. No tuvo siquiera la suerte de encontrar un adversario. Así, la más poderosa voluntad del pensamiento, «escondida en su propia madriguera y enterrándose a sí misma» [*P*, p. 93], se vio obligada a buscar una respuesta o una resistencia dentro de su pecho, dentro de su trágico corazón. Y este espíritu, enfurecido por su destino, se arrancó, como Heracles con la túnica de Neso, los jirones ensangrentados de su piel y se quedó desnudo ante la verdad suprema de sí mismo. Pero ¡qué gélido témpano cuelga de esa desnudez! ¡Qué silencio en torno a ese grito desesperado! ¡Qué aciago cielo, cubierto de nubes y relámpagos, se cierne sobre este asesino de la divinidad que, sin enemigos a los que enfrentarse, se lanza despiadado sobre sí mismo, conocedor y verdugo de sí mismo! Llevado por su demonio más allá del tiempo y el espacio, más allá de los postreros umbrales de su ser,

> Agitada ¡ay! por fiebres desconocidas,
> Temblando ante afiladas flechas de hielo,
> Acosada por ti ¡pensamiento!
> ¡Innombrable! ¡Oculto! ¡Atroz!
> [*P*, p. 105]

A veces recula, estremecido, con la mirada llena de horror, cuando advierte cuán lejos lo ha empujado su fortuna de todo lo vivo y de todo lo pasado. Pero un impulso tan poderoso no puede volver atrás: plenamente consciente y al mismo tiempo en el éxtasis extremo de la embriaguez de sí mismo, cumple con su destino, aquel que Hölderlin —¡su amado Hölderlin!— le había presagiado a través de la figura de Empédocles.

Un heroico paisaje sin cielo, una representación grandiosa sin espectadores, un silencio cada vez más asfixiante en torno al dramático grito de la soledad del espíritu: tal es la tragedia de Friedrich Nietzsche. Habría que considerarlo una abominación, una de las múltiples atrocidades de la naturaleza, si no fuera porque él mismo lo asumió con entusiasmo e incluso eligió y amó esa crueldad única, causada por su carácter también único. Pues, voluntaria y lúcidamente, renunciando a una existencia reconfortante, se construyó esa vida particular con un profundo instinto trágico y desafió a los dioses con un coraje sin precedentes, para experimentar por sí mismo el mayor grado de peligro en el que un hombre puede vivir.

«Χαιρετε δαιμονες». «¡Salud, oh, demonios!». Con este grito arrogante de *hybris,* Nietzsche y sus amigos filósofos invocan, como estudiantes en una noche ebria, las potencias: cuando los espíritus merodean las cercanías, arrojan por la ventana sus vasos llenos de vino sobre una calle de la adormecida Basilea, una ofrenda a los Invisibles. No es más que una broma fantasiosa, pero provoca un profundo presentimiento: los demonios escuchan la invocación y em-